

¿Qué podríamos decir de un público numeroso, muy numeroso, que invitado a una representación teatral larga, muy larga, mantuviera sus ojos fijos en el telón, como si el propio telón fuera la esencia del espectáculo y el verdadero argumento y nudo dramático? Algo de este sospechoso desvío ha pasado durante muchos, muchos años, con el tan sonado «telón de acero». El principal papel de tal telón no era sólo el de tapar la función sino el de acaparar la atención para distraerla del espectáculo mismo: de modo que sería un cínico tópico –propio de los llamados Medios de Comunicación de Masas– seguir hablando de la «caída» del telón cuando sería más exacto reconocer que, por fin, se levantó el telón y ya hasta los ciegos pueden ver la función –función que, como apuntábamos, se veía sustituida por el telón mismo.

Por otra parte, puede notarse un curioso paralelismo entre el proceso por el que el Mercado está llegando ahora a estos países (de la mano del Estado y no en oposición a él) y el proceso análogo por el que –según estudió K. Polanyi– en su momento ese Mercado se instaló en Europa, no de un modo progresivo y espontáneo ni tampoco en conflicto con el Estado, sino por una violenta imposición de éste, que tuvo previamente que desbaratar todo el tejido social comunitario anterior, donde el viejo comercio era trato y con-trato, no algo separado de la vida y la relación entre las gentes, un comercio bien ajeno a la moderna abstracción Hipermercado/Dinero que hoy domina. (Acaso la retórica publicitaria, con su abundante florecimiento lingüístico/visual, haya venido de forma harto oportuna a cubrir el hueco afectivo y sensorial dejado por aquellos tratos donde comercio y lenguaje se aunaban; pero de ello ya hablaremos otro día).

En torno a estos temas hablamos con Agustín García Calvo, que tan finamente (antes y después de la «caída») suele afilar, para fundir, los límites del Estado/Capital o Capital/Estado, a gusto del consumidor.

Tras esa algarabía del alzamiento (glorioso) del «telón de acero» ¿qué es lo que verdaderamente pasaba y qué lo que pasa?

Lo que de verdad ha sucedido había sucedido ya hace mucho tiempo (más o menos desde la entrada del automóvil personal en Rusia por el año 60); a saber, la rendición de un modo de dominio, Capital administrado por el Estado, al otro, Estado dominado por el Capital. Pero eso se ha seguido ocultando durante treinta años más, porque la idea de que había dos formas de dominio (Estado/Capital y Capital/Estado), la idea de la Guerra Fría entre ambas, luego la Coexistencia Pacífica entre ambas, y la competición por el Futuro, por una y otra vía, era una idea necesaria para el engaño y el entretenimiento de las poblaciones, tanto en los llamados Países del Este como en los del Oeste.

Lo que ahora, desde hace un par de años, ha sucedido es, como dicen los locutores, «la producción de la noticia» de que ha sucedido, noticia que se espera que siga rindiendo durante algún tiempo los mismos servicios, para la ilusión de las poblaciones, que antes rindió la idea de la dualidad.

Cada día se habla más de un Mercado único, de una Moneda única, de un Comercio único y, sin embargo, las fronteras y las nacionalidades se endurecen. ¿Lo uno tapa a lo otro, son las dos caras de una misma moneda, o aquí sí asistimos a una separación, al menos aparente, entre Capital y Estado?

Sí: frente a los que pretenden, como el señor Fukuyama en su artículo famoso, que con esto ha sucedido algo transcendental, como el fin de la Historia o la desaparición de las ideologías, subsumidas en algo que no se sabe si es Política o Economía convertida en Política, frente a todo eso, lo que puede modestamente constatarse es, en efecto, la unificación de las maneras de dominio: puesto que en Rusia y los «países del Este» se han rendido declaradamente al modelo «occidental» (pero nótese que cuando el Sistema se refiere al globo la oposición misma entre Este y Oeste queda anulada), y puesto que se supone o espera que los países antaño llamados del Tercer Mundo (no se sabe dónde están ahora el Primero y el Segundo) tienen que aspirar, más o menos trabajosamente, al mismo modelo de dominio –y hasta de la China esperan los ejecutivos lo mismo, interpretando optimistamente las rebeliones estudiantiles–, debe reconocerse que la cara del Señor es una, que la única forma de dominio es la representada por esa culminación de la confusión de Estado y Capital, de Política y Economía; es decir, que es ésa la sola forma de dominación contra la que toca al pueblo levantarse, en la medida que, en cualesquiera fases de desarrollo, el pueblo no haya quedado enteramente reducido a masa de individuos, que es, por supuesto, el ideal de Estado y Capital juntos en uno.

Sí, sí... pero luego que el individuo/consumidor está perfectamente estatalizado, ya el Estado, o Hacienda, o quien sea en su nombre y desde arriba, se permite la moralina pública (publicitaria) de recomendar y hasta reñir a los ciudadanos por su consumo desordenado. ¿Vio usted toda esa campaña del año sobre «consume, pero dentro de un orden», y otras apostillas moderadoras propias de un Padre cauto y salvador? La contradicción –desde lo Alto– de azotar los perros y luego velar por la razón y el orden da juego ¿no?

Desde luego, no hay que olvidar que las Masas de súbditos y clientes (pero ambas funciones vienen también, por lo dicho, a confundirse en una) son Masas compuestas de Individuos o Personas y no de ninguna otra cosa. Por eso, en esta forma de dominio única, llámese demotecnocracia o tecnodemocracia o como sea, el ideal imperante tiene que seguir siendo el democrático: es decir, la fe en que cada uno sabe lo que quiere y opina lo que se le antoja, y que, sumándose las opiniones y voluntades personales (en una votación política o en la adopción de un chisme comercial cualquiera, da lo mismo) se obtiene una Mayoría, que representa (en verdad trata de sustituir a) la voluntad y opinión total de las poblaciones. Que este ideal nunca se acabe de cumplir del todo y queden siempre re-

babas en esa operación funesta es la sola evidencia de la permanencia de algo de pueblo siempre vivo y no personal por debajo de las Instituciones e Ideales.

Conversación realizada por Isabel Escudero en Madrid, julio de 1990.